

ct

# Miseria partida: vivir jugando

de  
Santy Portela

*(fragmento)*

*(En escena dos sillas y una mesa. Sobre la mesa hay un vaso con pajita lleno de agua y dos platos con restos de una cena ligera. Adela sentada en una excesivamente relajada postura: no se mueve, apenas respira, las manos descansando en los reposabrazos con delicadeza, sus ojos perdidos en un mar de dolor, sufrimiento e impotencia. Es tetrapléjica. Entra Héctor, su novio, y con mucha rapidez recoge la mesa y la limpia).*

## HÉCTOR

¿Cómo estás hoy, cariño? *(Adela no responde)*. Siento no haber recogido los platos ayer, pero estaba muy cansado y me fui directo a la cama. ¿Me perdonas? *(Adela persiste en su mutismo)*. No pasa nada. Nada de nada. Ya está todo limpio. ¿Lo ves? *(Continúa el imperturbable e incómodo silencio. Héctor saca un pañuelo del bolsillo de su pantalón y le suena la nariz a Adela)*. A ver si se te va a caer el moquillo. *(Sonríe agotado. No obtiene nada por respuesta: ni una mirada de aceptación, ni una suave reprimenda. Nada. Sólo el silencio)*. ¡Cariño, me tengo que ir a trabajar! Tu madre vendrá dentro de media hora para hacerte compañía. Le he dejado preparado tu comida en el frigo y todo eso. Se lo dices, ¿vale? ¿Se lo dirás? *(Silencio)* No. Ya sé que no. Había que intentarlo. *(La besa con ternura. Avanza dos pasos y se dirige al público)*. Así llevamos algo más de un año. No quiere hablar desde el accidente. ¡Puto y maldito accidente! Se pego la ostia del siglo con la moto. Se comió al coche que tenía delante y salió volando varios metros. ¿El resultado? Parapléjica. Paralítica, que no muda. Eso vino luego. Porque le dio la gana a ella. Del accidente nadie sabe nada. Nadie sabe si la culpa fue suya por correr demasiado con la jodida moto, porque le gustaba mucho darle caña a la moto; aunque siempre tenía bastante cuidado, que conste. O si fue del conductor del coche que iba delante, que frenó a lo bestia y no le permitió reaccionar a tiempo. O si apareció otro tipo que se le echó encima y ella tuvo que esquivarlo atropellando al Opel Astra por el culo. Nadie sabe nada, porque nadie vio nada. El tío del Astra no tenía ojos en la nuca, sólo notó el golpe y ya está; no vio nada. No había gente en la calle. Ni cámaras que grabasen el choque. Así que no sabemos a quien culpar de la situación de Adela. Únicamente ella podría contar lo que sucedió, pero no lo hace. Estuvo dos semanas en la UCI, cuatro meses hospitalizada en observación. Todos atentos a su evolución. Y, al final, lo peor. O casi. La noticia sentó como un puñetazo en la boca del estómago: te dejá sin aire en los pulmones, te provoca nauseas y el mundo gira violento al rededor, decorado con luces de colores hiperactivas. Así me sentí cuando el simpático doctor nos dijo que Adela se había quedado tetrapléjica. Supongo que nos sentimos todos más o menos igual: yo, su madre, sus dos hermanas, Gabriela y Sofía; y nuestros amigos, Teo, Raúl, María,...; todos. Tras salir del hospital me la traje a casa. Su madre quería que se fuese con ella, pero su vida está aquí, conmigo; en nuestro barrio, en nuestro apartamento. Además, le guste o no a Carmen, ella ya está algo mayor y no puede estar veinticuatro horas a cargo de su hija. Aunque, visto lo visto, yo tampoco. Nos turnamos. Cuando yo me voy al curro, viene Carmen, o alguna de las hermanas, o alguien. Por gente, no será. Pero me sienta mal esclavizar a su familia y a nuestros amigos, para que la cuiden cuando yo no estoy. Hemos pensado en contratar a una enfermera. Pero no hay dinero. Se está ahorrando, pero todavía no hay lo suficiente. Lo que yo gano es para el alquiler y para sobrevivir. Carmen y Gabriela ayudan todo lo que pueden. Sofía aun estudia y no tiene ingresos. Y, por parte de mi familia..., mejor no hablar. Mi hermana pasa de mi como de la mierda, y mi hermano no se ha enterado. Está en Londres. Debí escribirle un mail, pero no tenía fuerzas. Ya lo haré. Lo dejo en tareas pendientes. Otra cosa más para mi sempiterna lista de tareas pendientes. *(Se*

*sienta en la otra silla, saca de debajo de la mesa, una botella de whisky y un vaso. Lo llena y bebe).* Yo antes no bebía. Sólo, por lo menos, no. Obviamente, si salgo con mis colegas, me tomé alguna copa. Pero no bebía en casa. A lo sumo una o dos cervezas. Nada más. Costumbres. Malos vicios que coje uno. No porque yo quiera. Me he visto obligado. Por ella. *(La señala con la cabeza)* Por su mutismo. No abre la boca, ¿saben? No ha dicho ni una palabra desde que volvimos del hospital. Y han pasado más de nueve meses.

ADELA  
NO.

HÉCTOR

¡Perdón! De vez en cuando dice “NO”. No es mucho. Debería conformarme, tras lo sucedido. Si me hubiese ocurrido a mi, seguro que estaba igual o peor. Pero no lo hago. No me conformo. NO. Porque no es justo. Ni para ella, ni para mí. Yo quiero que se recuperé, que sigamos nuestra vida. No como la dejamos, porque eso es imposible. Pero, sí continuar viviendo. En cambio, ella parece haberse rendido. Apenas come. Sólo lo suficiente para no morir. El resto del tiempo está... así. Como la ven. Sentada, mirando al vacío. Callada como un cadáver. Al principio, me asusté un par de veces. Respira tan flojito, que me temí lo peor. ¡Qué gracia! La primera vez hasta llamé a una ambulancia. ¡Qué mal lo pasé! ¡Qué vergüenza! Ellos no se lo tomaron mal, pero... ¡joder! Yo las pasé canutas. Con el paso de las semanas, me acostumbré. *(Bebe. Rellena el vaso).* ¿Saben lo que es muy irónico? Que antes ella era la habladora, la que no se callaba ni debajo del agua. Yo era el calladito, el que sonreía y escuchaba con cara de bobalicón, asintiendo en todas las conversaciones ¡Joder, cómo cambian las cosas! Ahora el que no para de rajarse como una cotorra soy yo. ¡Ironías de la puta vida! Ahora soy yo el que tiene que hablar por los dos. Y es, entonces, cuando se me seca la garganta. Y lo único que me reconforta, lo único que me permite seguir blablabla es el whisky. Rebajado con agua, que si no es intragable. Y no cualquier whisky: si voy a beber, por lo menos que sea de calidad. Compró una botella de Chivas o Jonhy Walker y la rebajo con tres partes de agua. Luego a la nevera, para mantenerla fresquita. Dos hielos en el vaso y... ¡delicioso! *(Mira a Adela)* A ella no le gusta. Lo sé. No me lo ha dicho, pero lo sé. O, bueno, si me lo ha dicho: cada vez que me ve con la botellita suelta uno de sus “NO”. No me extraña que no le guste. A mí tampoco me gustaría. Pero, ¡no hay tutia! Mientras ella no hable, yo no dejo la botella. Es un trato al que hemos llegado.

ADELA  
NO.

HÉCTOR

¡Es cierto! ¡Es cierto! He llegado yo solito a ese acuerdo. Ella no. Porque no habla. Pero se lo he prometido *(Apura el último trago. Se levanta y vuelve a guardar vaso y botella bajo la mesa).* No le digan que la tengo ahí. No porque me la pueda tirar. Solamente no se lo digan. Ella ya lo sabe. Está minusválida. No es ni muda, ni ciega, ni idiota. Tomen nota de eso. Es importante por si alguna vez se ven en mi situación. Hasta la próxima. *(Se acerca a Adela y la besa con ternura y pasión, imbuido por el alcohol)* Adios, mi amor. No me esperes despierta.

ADELA  
NO.

HÉCTOR

*(Sonríe con picardía)* ¡Es broma! Llegaré pronto. Hasta ahora.